

El poeta ha olvidado
que el agua rumorosa del camino
se hiere en los guijarros,
se pudre entre las piedras del camino
y llora en el perfume de las flores.

¿Por qué miráis al suelo pensando en megatones?
¿Por qué aspiráis tan solo
el aire emponzoñado de un mundo que se pudre
en la herida constante de la desigualdad?

¡Mirad, bebed arriba!
¡Mirad el bosque de la noche
y llenaros las manos de luces infinitas!
Pasad deprisa el puente quebradizo
que enlaza dos orillas en rictus de ansiedad.

Y limpiad al alma, inmersa en los detritus
que el pozo de la vida
recoje en sus entrañas,
dejando libre el vuelo de lo espiritual.

¡Hermanos míos poetas,
mi corazón os quiere hacia la luz del Sol!
¡Os tengo aquí en mi alma
y os llevo a cada paso
sembrando las estrellas por todos los caminos!

José DIAZ-AMBRONA

SANTA TERESA DE JESUS

DOCTORA DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Por primera vez en la Historia del Mundo, una mujer ha sido declarada Doctora de la Iglesia Católica.

Esta mujer es precisamente una escritora de la Edad de Oro española y por tanto, algo que interesa muy de cerca a nuestra revista.

Conscientes de ello, hemos pedido al primer publicista católico de nuestra región, el ilustre escritor, distinguido con la cruz Pro Ecclesia et Pontifice, don Marcelino González-Haba, unas líneas de glosa acerca de tan magnífico suceso para nuestra patria. Van a continuación:



LA Iglesia, Madre y Maestra, en un acto del magisterio supremo que su divino Fundador le confirió para el gobierno y santificación de las almas, el día 27 de Septiembre de este año de gracia, va a proclamar oficialmente, a la Perla de Avila, Santa Teresa de Jesús, *Doctora de la Iglesia Universal*.

Gratitud eterna debe el mundo católico y sabio, singularmente España, al Soberano Pontífice, Pablo VI, por el alto y merecidísimo

reconocimiento, público y solemne, de la encumbrada sabiduría de esta Virgen castellana, «dulce incendiaria», «luna de las virgíneas estrellas», «corazón de serafín», gloria inmarchitable de la España que no muere.

Era la España de Santa Teresa, un pueblo de teólogos que se deleitaba en la contemplación de los autos sacramentales de Calderón y que sabía leer y saborear espiritualmente, el «Camino de Perfección» y «Las Moradas», sutil y elevada doctrina de la Mística Doctora. Pero además, Santa Teresa, aparece como uno de los más robustos cimientos de la nacionalidad española. Su límpido y natural decir es como síntesis maravillosa de nuestras variedades étnicas. Menéndez Pelayo resumió su vida en tan claros y fúlgidos términos: «Santa Teresa habla de Dios y de los más altos misterios teológicos como plática familiar de vieja castellana junto al fuego». Su expresiva y transparente sencillez la definieron las Franciscanas Descalzas de Madrid cuando después de haberla tenido en su compañía conventual 15 días exclamaban: «¡Bendito sea Dios, que nos ha permitido ver una santa, a la que nosotras podemos imitar, una santa que habla, duerme y come con nosotras!»

El aire y su gracia sin igual, descubrían en ella una encantadora fusión de realismo y de misticismo al gran estilo del pasaje evangélico de «Marta y María», pleno de hondura y perennidad. Tan rica y atrayente era su espiritualidad y el entrañable amor al Salvador, que un día mereció del Maestro esta divinal respuesta: —«Yo me llamo Jesús de Teresa...»

Sin el menor reparo, aseguremos, que Santa Teresa de Jesús, es la joya más rica y preciada del incomparable tesoro espiritual de la raza hispana, legítimo orgullo de santidad dentro del mundo católico, hechizo y encanto de la familia humana. Su ciencia sobre la salvación alcanzó las cumbres doradas del pensamiento iluminado por la fe, que, en poco o en nada, cede al saber de los Padres y Doctores de la Iglesia, al decir de San Pío X. De ahí, el universal predicamento de la sabiduría de Santa Teresa y la apremiante razón de la investidura de su insigne Doctorado.

Mariología Teresiana.

La santa española no dejó un tratado sobre la Virgen, a la que amaba con delirio. Sólo escribió sobre el *Pater Noster* en el «Camino de Perfección». La santa no pudo cumplir la promesa hecha a sus monjitas, sobre la explicación del Ave María. En un delicioso

autógrafo suyo, guardado, como oro en paño, en la Biblioteca de El Escorial, ella misma lo asevera: «También pensé deciros algo cómo debéis rezar el Ave María, mas heme alargado tanto, que se quedará, y hasta haber entendido cómo se reza bien el *Pater Noster* para las oraciones vocales que hubiéreis de rezar».

Sus castos y galanos escritos están como florecidos de bellas y primorosas ofrendas, en gloria y honor de la siempre Virgen María, y divinamente empapadas de su calor central, radiantes de lumbres afectuosas que proclaman, los grandes privilegios de la Bendita entre todas las generaciones. Santa Teresa de Jesús nos ha dejado un frondoso grado de candorosas alabanzas a la Virgen, que pregonan sin cesar, la máxima autoridad, su alto rango de feliz «*Ahijada de María*».

Lo cierto es, que al decir de un célebre autor teresiano, «Fuera de los tratados especiales sobre Mariología, nadie ha hablado de modo tan frecuente y con tan singular donosura y naturalidad de la Virgen como Santa Teresa de Jesús».

Insigne devoción mariana de la mística doctora: El Rosario.

Lo egregia y dulce veneración de Santa Teresa de Jesús a la Virgen alborea, como rosada aurora, desde su más tierna y apasionante niñez. Ella lo asegura con cifras de luz:

«El cuidado que tenía mi madre —dice— de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad, a mi edad, de seis a siete años. Procuraba soledad para rezar mis devociones que eran hartas, en especial el Rosario del que mi madre era muy devota y así nos hacía serlo. Cuando murió mi madre, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora y solicitela fuera mi madre, con muchas lágrimas. Parece que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente, he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella».

Tal era el afán de Santa Teresa por la práctica del Rosario, que una religiosa sobrina suya, Sor Teresa de Jesús, declara en el proceso de canonización, que la Santa Madre acostumbraba a rezar el Rosario desde niña, y sabe que por enfermedad ni por ocupaciones dejara de rezarle nunca; buscaba tiempo aunque fuera a las doce o a la una de la noche.

Santa Teresa compuso una oración emocionada para el final del Rosario, que envió a su hermano Hernando en Colombia, concebida

en estos términos: Nada te turbe – Nada te espante – Todo se pasa – Dios no se muda – La paciencia – Todo lo alcanza – Quien a Dios tiene – Nada le falta.

Devoción de Santa Teresa a la Virgen en las fundaciones.

Su creciente empeño por imitar las preclaras virtudes de la Virgen y de exaltar hasta los más altos cielos y los privilegios marianos, impulsaron a nuestra Santa, a emprender la ingente y penosa tarea de la Reforma Carmelitana. Toda la inmensa labor reformadora fue llevada a venturoso término bajo el manto protector de la Madre de Dios. Y una vez coronada, la Santa exclamaba: «Quedóme gran deseo de servir a Nuestra Señora».

Como llevada por la dulce mano de la Virgen María, emprendió Santa Teresa la trascendental Reforma. Y tras la inauguración del Convento de San José en Avila, asegura: «Fué para mi como estar en una gloria ver hecha una obra que tenía entendido era al servicio del Señor y a honra de su Madre, que estos eran mis amores».

Un día, festividad gozosa de la Asunción, la Santa, «en un arrobamiento, tuvo la siguiente visión»: Se vio vestida de blanco, con la Virgen a su derecha y al otro lado San José. Y cogida de la Madre de Dios, la manifestó lo mucho que la agradaba su devoción a San José, asegurándola que todos sus deseos sobre el convento se cumplirían, como así aconteció.

Luego, cuando la Santa deja el convento de la Encarnación para pasar al de San José, su protector, y primero de la Reforma, fundado por ella, cuenta, que encontrándose en la iglesia en oración, antes de entrar en el convento, vio a Cristo que la recibía con singular amor, agradeciéndole cuanto había hecho por honrar a la Virgen María. Y otra vez orando, luego del rezo de completas, vio a Nuestra Señora con gran gloria amparando a las religiosas de la casa.

La Virgen, priora perpetua del convento de la Encarnación.

No renunciamos a reseñar, el emocionante y ejemplar suceso del nombramiento de la Madre Teresa, para Priora del convento de la Encarnación de Avila.

El expresivo y ágil relato del P. Diego de Yepes, resalta la peculiar prudencia de Santa Teresa, de modo principal en el primer Capítulo que celebró, en el que las monjas esperaban que iba a desenvainar la espada y a comenzar cortando los abusos y libertades que

ellas gozaban con tanto placer. De este modo, añade el cronista, entraron muchas monjas dispuestas a resistir su mandatos. Pero la Santa Madre, hizo uso de un divino artificio. Puso en la silla prioral que era donde ella se había de sentar, para presidir el Capítulo, una hermosa imagen de la Virgen, y las llaves del convento de sus manos, dando con ello a entender que no era nada, y que la Virgen Santísima era la verdadera Priora y la que había de gobernar, poniéndose, Santa Teresa a los pies, para hacer desde allí la elección.

De este modo, cuando entraban las monjas y ponían los ojos en la silla de la Priora y veían aquella novedad, comenzaban a refrenar su pensamiento y a muchas de ellas les temblaban las carnes como luego manifestaron. Las religiosas en el Capítulo esperaban que las palabras de la Santa Madre las había de poner en tribulación o temor, pero no hizo más que pronunciar piadosas frases encaminadas a dar nuevos alientos para la vida religiosa; a poner ante ellas el alto y benéfico ejemplo de la Virgen, en su calidad de Madre y Priora celestial permanente del convento.

Santa Teresa, peregrina en Guadalupe.

Gustaba a la Santa Doctora del Carmelo, visitar a la Virgen en los santuarios marianos. Por entonces, el de Nuestra Señora de Guadalupe, era un primer centro universal de peregrinaciones.

Un día venturoso, de los primeros de Septiembre de 1548-49, llegaba esta virginal Flor carmelitana al célebre Monasterio de la milagrosa Virgen de Guadalupe, a participar en la fiesta principal del día 8. Iba acompañada de su «gran amiga» doña Juana Suárez, religiosa de la Encarnación. Y aparte del placer en visitar a la Reina, Embajadora del Rey de la gloria, también la llevaron propósitos de índole familiar. Llegaba también, a cumplir una promesa y a dar gracias a la Virgen, por los favores recibidos, según opinan algunos historiadores.

La Santa tenía varios hermanos, en el Perú, y se había enterado de las revueltas y de la derrota de Gonzalo Pizarro, en tan lejanas tierras.

Lo cierto es, que, en Guadalupe permanecieron tres o cuatro días, comunicando Santa Teresa, el volcán de su corazón seráfico, con esta Señora de las Españas, ante cuyas plantas, tantas veces se habían postrado reyes y caudillos, descubridores y capitanes que llenaron el mundo con la fama de sus hazañas incomparables: Hasta el sol, era prisionero de nuestros dominios.

Una sobrina de la Santa castellana, declara en el proceso de canonización, que Santa Teresa pasó por Puebla de Montalbán, en calidad de peregrina de Guadalupe.

Inmaculismo teresiano.

La Madre Teresa heredó del Carmelo su insigne devoción al misterio de la Inmaculada, lindo capullo de los privilegios marianos. Como heredó, el aire devocional del Santo Escapulario: La Inmaculada y el Carmen integran la devoción mariana de Santa Teresa.

Para ella, la Virgen era sinónimo de Inmaculada. Y así como a San Pablo no se le caía de sus labios el nombre de Jesús, igual acontecía con la Santa del Carmelo; no se le caía de su boca ni de su pluma, el nombre de la Virgen, de la Inmaculada. La mayoría de sus conventos, llevan el título de alguna advocación mariana, predominando éste del misterio inmaculista.

Hasta las fiestas litúrgicas de la Virgen tenían especial resalte en los conventos de la Reforma Carmelitana. Santa Teresa era muy dada a la devoción de todas ellas. Y sus cartas, tenía la costumbre de señalarlas con la festividad de la Virgen. En su personal comunicación siempre la invocaba: Que la Virgen se lo pague, que la Virgen lo bendiga, que la Virgen le acompañe.

Regaló una Inmaculada a su hermano, en América, como el mejor recuerdo, la que todavía conservan los PP. Franciscanos.

Digamos, que Santa Teresa de Jesús, era y lo es, como Doctora eucarística y mariana de la Iglesia, la más genuina representación del alma hispana en todos los tiempos.

Marcelino GONZALEZ-HABA



L L A M A S D E C A P U L O S A Z - I C T A C I O N

Una de las cosas que el hombre más aborrece es la de doblar el espinazo. Es como si le recordara la vergüenza de haber andado alguna vez a cuatro patas.

El ascensor es un símbolo de nuestro tiempo: queremos subir pronto y sin esfuerzo.

En los momentos importantes de nuestra vida, solemos retratarnos como con el deseo de perpetuar lo efímero.

Muchas veces, los insectos celestinean los amores florales.

Llevaba una sombrerera en la mano. Era ya un hecho tan insólito que caminaba receloso, como si llevase dentro la cabeza de un decapitado.

Los escaparates, en día de rebaja, son como el público examen de conciencia del comercio implorando el perdón de la clientela.

Las aguas de río iban mansas, como caminando bajo una alfombra de moaré.

El guardia de la circulación, subido en su púlpito, está esperando a reunir gente bastante para soltarles un sermón pero, cuando abre los brazos para empezarlo, se le escapan siempre los oyentes por el paso abierto.

José CANAL